

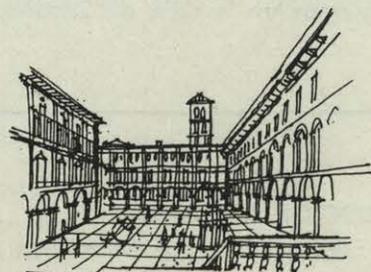
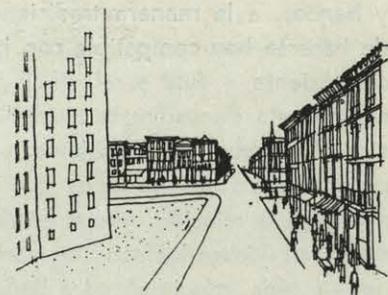
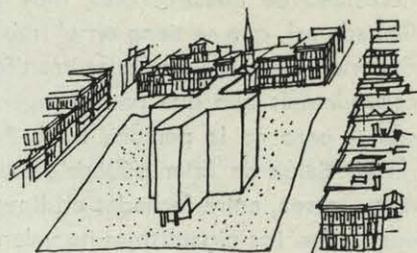
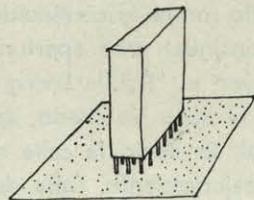
TEMAS DEL MOMENTO

LA INQUIETUD ENTRA EN LA ESCENA DEL URBANISMO AMERICANO

Al final de la tragedia de Goethe, Fausto, anciano por segunda vez, pero triunfante por lo ya hecho y entusiasmado con lo por hacer, se ve asaltado de repente por la Inquietud, y aun resistiéndose, empieza a dudar si sus obras rosadas fueron buenas y si lo serán las futuras. No es grandilocuente aplicar esta cita al problema de conciencia surgido de varios sitios, a la vez, sobre la validez del concepto Ciudad, vigente en Estados Unidos (y en el resto de América, en Europa y en todas partes), cuya marcha triunfal no ha tenido hasta ahora más obstáculos que las típicas "cuestiones de campanario" y los "intereses creados".

He aquí algunos titulares aparecidos en *Architectural Record*, enero 1962: "Espacio abierto es espacio vacío", "Espacio no limitado significa espacio no utilizado", "La gente del proyecto nunca coincide con la gente de la ciudad", etc. Desde enero hasta ahora aparecen continuamente artículos, notas y cartas al editor en varias revistas con el mismo tono de inquietud, ya que no de protesta, pues el desconcierto es grande y no se proponen soluciones buenas que sustituyan a las que son consideradas malas. En realidad, lo que se ataca es el tipo de ciudad inventado y propuesto por Le Corbusier antes de 1923: la "Ciudad Radiante" con los bloques inmensos levantándose aislados sobre verdes parques, surcados éstos por sistemas viarios—máquinas para circular—, aislados como vías de tren. No se ha construido con el arte de Le Corbusier, pero se han seguido todos sus principios, dice W. J. Conklin, uno de los numerosos autores que han entrado en la discusión. Discusión surgida de repente ahora, en este primer semestre de 1962, después de años de luchas, resueltas, a partir de 1945, con el triunfo y la hegemonía de este tipo de Ciudad.

Para los lectores de esta Revista el tema no es nuevo, ya que a él se van dedicando varios trabajos surgidos como consecuencia del ya famoso entre nosotros, de Oriol Bohigas, sobre el Pueblo Español de Barcelona. Tampoco deben olvidarse las realizaciones de Regiones Devastadas, del Instituto de Colonización y de otros or-



Dibujos de "Architectural Record"

ganismos, cuya característica común es la agradable habitabilidad de los nuevos pueblos, entre los cuales hay, además, verdaderas obras maestras.

No es éste, sin embargo, el problema americano puesto en discusión, pues se refiere no a pueblos o ciudades pequeñas, sino a la gran ciudad. Especialmente a Nueva York. Más concretamente, lo que ha suscitado la protesta es la buena arquitectura que se está haciendo en la Quinta Avenida y sus alrededores, o sea, la Lever House, el Seagram Building, etc.

El motivo es que estos edificios se levantan aislados, dejando entre ellos y la alineación plazas y jardines. Con ello rompe la continuidad de las fachadas, y si con ello consiguen una apertura al espacio libre, también destruyen el "Public Living Room" de la ciudad, que, según el autor ya citado, es la calle en su sentido tradicional. Es decir, la calle con todas las consecuencias de encajonamiento, falta de aire y de luz, apreturas, promiscuidad, etc., pero también con toda la ventaja de hacer posible la convivencia entre seres humanos. Porque ahora se descubre esta convivencia como una necesidad de nuestros días, muy diferente de la mal llamada así, que se tiene en el trabajo en equipo, en el deporte colectivo, etc. Estas manifestaciones no hacen convivir más que una parte—especificada—de las personas, pero no la persona total. Para ésta, es necesario el "Salón de Estar público", bien cerrado entre paredes, o sea, entre fachadas en línea y con dimensiones adecuadas. Los gigantismos no valen (la Quinta Avenida tiene 100 pies de anchura).

Lo que, en fin, interesa tener es una calle con tiendas, teatros, iglesias, museos, cafés, viviendas, oficinas y bancos, a la manera tradicional. Claro que esto ha de hacerse hoy compatible con la circulación y el estacionamiento, y éste es el difícil problema que se plantea en esta discusión. La ciudad a estilo de Le Corbusier, sí resuelve este problema, y el de la luz y el aire, pero produce agrupaciones "clasistas" o profesionales, e impide la relación normal entre todas las gentes. Las cuales atraviesan los espacios vacíos—más o menos verdes—a toda velocidad, para llegar a su redil particular cuanto antes. Descubren ahora estos sociólogos americanos lo que los madrileños castizos ya sabíamos cuando abandonamos el Retiro y la Castellana para refugiarnos en la calle de Serrano, por ejemplo, creando

en cambio un fabuloso lío de circulación y estacionamiento que naturalmente no hemos resuelto.

Ciertamente en América hay, desde hace bastantes años, la institución llamada Shopping Center, que consiste en una isla de tiendas y placitas rodeada por todas partes por un mar de estacionamientos que la aleja de todo centro habitado. Estos Centros suelen ser ahora muy gratos en sí y para el que está dentro de ellos. A su composición se dedican muchos artículos y críticas ("¿Deben los centros comerciales ser inhumanos?", artículo de J. W. Rouse, en *Architectural Forum*, junio 1962). Pero aunque hayan alcanzado un alto nivel arquitectónico y sean un buen lugar para la convivencia, siempre tendrán dos defectos: su especialización, pues sólo acogen al hombre en cuanto ser—que—compra, y su alojamiento, que exige el coche. Ya decía Unamuno que la Ciudad, para serlo de verdad, debe conservar tal dimensión que haga posible que, desde el centro, se pueda alcanzar el campo verdadero la agricultura en un cuarto de hora de paseo a pie. Y como este paseo era, en el sentir de Unamuno, como el de los peripatéticos, o sea, discutiendo de todo se entiende que el radio de su ciudad era muy reducido y que dentro de él había de contenerse todo cuanto determina la vida completa del hombre en cuanto ser urbano. De donde surge otro problema, también insoluble en nuestros días.

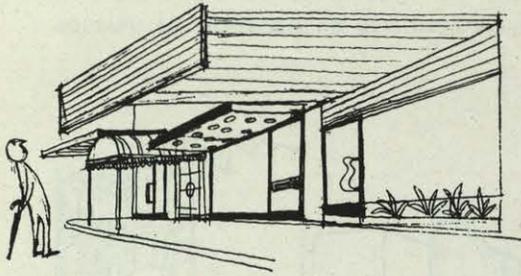
En fin, este soplo de la Inquietud faústica ha puesto a la luz muchas enfermedades ocultas en el magnífico organismo que hace cuarenta años inventó y publicó Le Corbusier, y que ahora afectan a la propia "forma Urbis", a la expresión plástica, en vez de, como antes, afectar sólo a su función y a su fisiología, ya denunciadas hace tiempo por los sociólogos y economistas (por ejemplo, las ciudades-dormitorios). Si esta nueva crítica lleva a los urbanistas a resolver los graves problemas que plantea, hemos de ver pronto un nuevo tipo de Ciudad completamente distinto de cuantas hay, antiguas y modernas, y que será, o pretenderá ser, más completa en relación con el hombre que ha de habitarla. El cual se pretende sea el hombre completo y no sólo el *Homo faber* o el *Homo ludens*, etc., aspectos parciales de una totalidad indivisible que la ciudad hoy de moda ha tratado de destruir.

L. M.

DOCTOR ARQUITECTO

Se recuerda por última vez a todos los arquitectos que hayan hecho algún proyecto que lo presenten, con la documentación complementaria, antes del 30 de

junio de 1962—fecha inaplazable—en la calle de San Bernardo, con objeto de que puedan recibir sus títulos de Doctores.



LAS MARQUESINAS

J. F. Blondell, en su *Cours d'architecture*, afirmaba en el siglo XVIII que "un edificio debe anunciar al primer vistazo lo que es". Y además encontraba que "la belleza arquitectónica provenía de la combinación de múltiples excelencias, a saber, de la unidad de las masas, de la repetición de las partes, de las subdivisiones creadas por los detalles, de la calidad de la estructura y de la perfección de la construcción".

Esto, desde luego, se aseguraba en una época en la que la variedad de finalidades de edificación era seguramente menos que la actual y tal vez se sentiría bastante defraudado al comprobar cómo un edificio destinado a un Ayuntamiento, por ejemplo, era talmente similar a un edificio sacro, de correos, o lonja de comercio.

En la actualidad, como digo, la diversidad de destinos es muy grande y la adecuación externa muy poco apreciable.

Para no extender las cosas en esta ligera nota, vamos a limitarnos al plano del comercio, o sea, las tiendas.

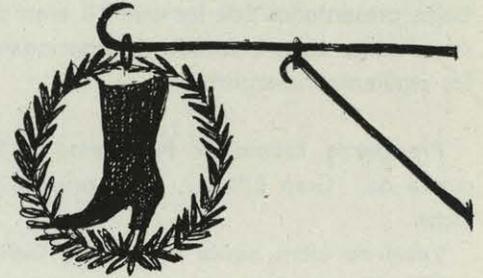
En este campo parece absolutamente necesaria, para toda buena instalación comercial que se precie, la colocación de una buena marquesina. Elemento que se considera privilegiado por las ordenanzas para asomarse fuera del plano de fachada; y que por tanto debe, al parecer, ostentar el carácter propio del destino que se confiere a la obra.

Sin embargo, es corriente que este elemento, aparte de no servir en la mayoría de los casos absolutamente para nada, obedece a unas normas formales muy repetidas, de modo que carece de aquel sentido conceptual que debiera seguramente, por principio, poseer.

Refiriéndonos a cualquier calle comercial, las marquesinas son de tal manera formularias que hasta el punto en que la vista alcanza a ver los objetos colocados en el escaparate no se sabe de qué se trata la tienda. Y no solamente es éste el caso, sino que, en su inmensa mayoría estas marquesinas—pertenzcan al tipo de tienda que sea—responden a unos procedimientos formales muy análogos. A saber: Trillaje de madera

en retícula con lámparas cilíndricas en sus bordes, elementos de plástico luminosos, elementos de aluminio ondulado y lámparas empotradas, etc.

Hace años una lechería, una pescadería, una farmacia y una mercería poseían, por regla general, un carácter propio. "Al primer vistazo anunciaban su destino".



En la actualidad la fórmula moderna va tomando tan importantes posiciones que resta toda posible escapada a aquella poética de la construcción, indudablemente unida a un tipo de edificación—las tiendas—que se mantiene bien a la altura de la vista de los hombres.

Así cantaba Alexander Pope en su Epístola IV de los *Ensayos morales*.

"Nos mostráis que Roma fué gloriosa, no profusa, y en otros tiempos fueron inútiles los edificios pomposos, y, sin embargo, Señor, vuestras reglas, tan nobles y justas, llenarán medio país de necios imitadores que de vuestras enseñanzas sacarán diseños incongruentes y de una belleza harán cinco desatinos."

F. I.

FALLO DEL CONCURSO INTERNACIONAL DE IDEAS PARA LA URBANIZACION DEL VALLE DE ASUA

El pasado día 11 el Jurado calificador del concurso internacional de ideas para la urbanización del valle de Asúa hizo público el fallo, otorgando los premios del mismo a los siguientes equipos:

Primer premio: Un millón de pesetas

Julio García Lanza. Valentín Rodríguez Gómez. Alfonso Soldevilla. España.

Segundo premio: 500.000 pesetas

Roland Rainer. Austria.

Cinco accésits de 100.000 pesetas

Pedro de Javier Izpizúa.

Pablo Pintado. Julio Bravo. España.

Jerzy Czyz. Jan Furman. Andrzej Skopinski. Polonia.

Ede Fekete. Hungría.

Harro Freese. Gerhard Petri. Manfred Ketzer. Jurgen Benecke. Alemania.

La calificación de los, según nuestras noticias, 57 trabajos presentados (de los que 18 eran españoles) estuvo a cargo de un Jurado internacional compuesto de los siguientes miembros:

Presidente: Excmo. Sr. Presidente de la comisión ejecutiva del "Gran Bilbao", don Lorenzo Hurtado de Saracho.

Vocal de ídem, señor don Angel Galíndez.

Don Manuel Romero, arquitecto.

Don Germán Aguirre, arquitecto.

Don José Sans Gironella, arquitecto.

Sig. Plinio Marconi, arquitecto (Italia).

Mr. André Gutton, arquitecto (Francia).

Mr. Robert Auzelle, arquitecto (Francia).

Asesor. Arquitecto jefe de la oficina del "Gran Bilbao", don Luis Lorenzo Blanc.

LOS SOLARES

Los solares dentro del casco de una ciudad como Madrid—sin ir más lejos—son algo así como el hueco que queda después de sacar una muela.

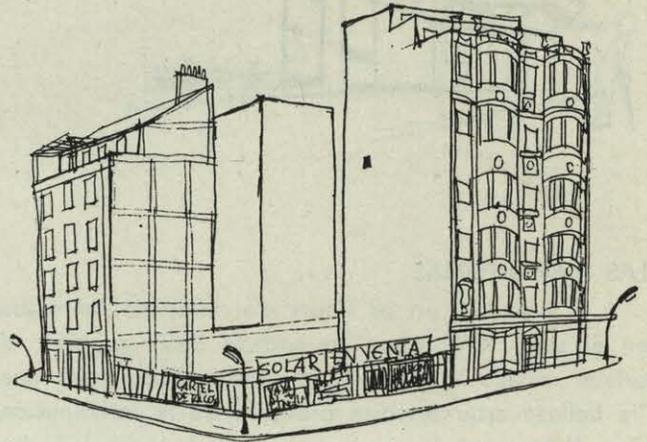
A pesar de ensanchar como ellas el volumen de la calle, no tienen el mismo aire que las plazas. No son ni siquiera plazas provisionales, y aunque en algunos entran los niños a jugar, por mucho que se los mire, tampoco tienen relación alguna con las llamadas zonas verdes provisionales.

De otra parte, sucede a menudo que desde que se produce el solar hasta que se empieza a edificar algo sobre él, suele transcurrir bastante tiempo. Y si el solar carece de valla, en su totalidad o en parte, su aspecto no ofrece lugar a titubeos: es lamentable siempre.

Hay alguno, a lo mejor a doscientos metros de la Gran Vía, donde hubo un taxi abandonado y una gente se metía en el taxi a comer y luego pasó no sé qué.

Este carácter provisional que debe tener cualquier solar dentro de Madrid, que ya de por sí estará des-

tinado a mayores empresas económicas, puede de algún modo aprovecharse en beneficio de muchos.



Y la prueba de que puede aprovecharse es que uno que hay en la calle de Goya, esquina a Lagasca, se ha aprovechado.

Dos alumnos de la Escuela, Pérez Segura y García Ormaechea, con un escultor, Garrido, han montado una pequeña feria, de carácter benéfico, con su tablillo de atracciones y todo, que, a pesar de la fuerza excesiva de carteles publicitarios, es un ejemplo de sencillez y buen sentido.

Se trata de una obra organizada por la Federación de Hermandades Profesionales.

De los vociferantes armatostes que suelen situar en muchas aceras se ha llegado a esta tranquila transformación de un solar en un jardincillo agradable para fines análogos.

F. I.

LA DECORACION

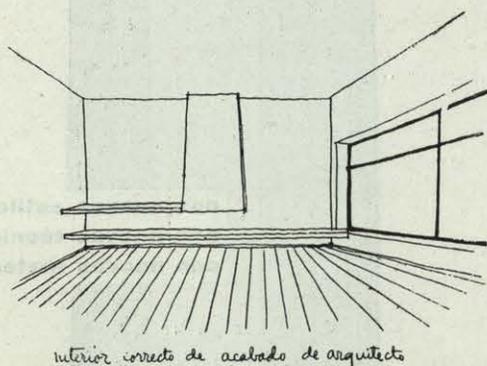
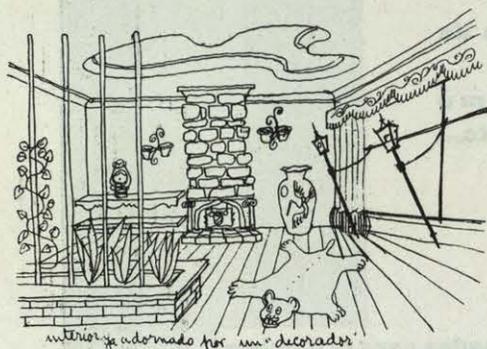
Sin recurrir al Diccionario, y adoptando aquellas acepciones más comunes de la palabra "Decoración", parece que comprende dos sentidos, más cercanos a la Arquitectura que aquellos otros que pudiera tener.

Estos serían, a lo mejor, "equipar y adornar". Es relativamente frecuente que cuando un arquitecto recibe el encargo de construir un hotel de viajeros, por ejemplo, proyecte y se ocupe de todo, excepto de lo que podríamos llamar "rellenarlo" de cosas.

Un hotel necesita en sus habitaciones camas, colchas, cortinas, algún cuadro, distintos muebles y otros

muchos distintos objetos, de los cuales el arquitecto, por lo general, se suele desentender y establece contacto—si no se encarga de hacerlo la propiedad—con un especialista al que se le suele llamar decorador.

Sería objeto de discusión el resolver si el cometido de este especialista no entra dentro de la Arquitectura, ya que en cierto modo es difícil decidir en qué punto termina la labor del arquitecto. A mi entender, si la persona que recibe el calificativo de decorador ordena el espacio, los materiales, los ambientes, objetos, etc., para el uso del hombre, está actuando en realidad como arquitecto y "terminando" una parte de la labor que quedó sin concluir dentro de la obra arquitectónica.



De otra parte, como el campo de la arquitectura es cada vez más extenso e intrincado, parece necesaria la colaboración de diferentes especialistas y, por tanto, a mi juicio, este primer aspecto de "equipar" que advertíamos en la palabra decoración tal vez no tenga otro remedio que aceptarse por el propio peso de los días que venimos viviendo.

En cuanto a la acepción de "adornar", el tema requiere ya en estos días otros matices algo distintos.

El arquitecto actual suele considerar obligado el acabar totalmente el aspecto exterior del edificio por estimarlo—no se sabe bien por qué—más propio de su cometido que el interior del mismo. De modo que cuando estima que aquello queda algo pobre recurre al pintor, al escultor o al ceramista para que le planten en fachada algún detalle.

Existen, sin embargo, otras soluciones de adorno más difíciles de clasificar en ningún arte. Y son unas raras especies de graciosos motivos, "abstractos" por lo general, que se viene colocando en portales, fachadas de cines, tiendas, etc., con la intención de "decorar".

Algunos de estos "motivos", que no tienen otro fundamento que la gracia o soltura propia del primero que se le ocurrió, van teniendo un éxito de público admirable. Es muy probable que ni siquiera su autor inicial sospechara el alcance de su fórmula.

Una de las más aceptadas consiste en colocar chapas de hierro—o de otro material—recortadas en forma de rectángulos y cuadrados de diferentes tamaños y más o menos salientes del paramento. Las cuales se van distribuyendo por los haces de una viga, de un panel de fachada o de cualquier otro elemento. Pueden ir pintados de algún color discreto y, a ser posible, presentar calidades.

Es ésta—sin más alcance—una receta decorativa que suele ser empleada generalmente por un arquitecto para "decorar"; la cual, con otras muy variadas, que hoy constituyen una muestra de su labor de "adornador". En contraposición, seguramente, con el calificativo algo inferior entre nosotros y de "decorador" que suele darse a veces a alguien que termina aquello que debió haber hecho el arquitecto de la obra.

F. I.

Max Mayer: *LOS CALCULOS ESTATICOS EN LA CONSTRUCCION*. Ed. Labor, 1961.

Es una obra muy original por su planteamiento y exposición de los problemas de cálculo, puesto que se acompañan con la advertencia de peligros de error que jalonan la ruta del calculista. El autor da normas y consejos sobre todos los aspectos del proceso que se sigue al calcular una estructura, desde el primer encuentro con el problema, donde se plantea la cuestión de conocer cuál sea realmente éste, hasta detalles sobre el manejo de las cifras decimales, donde aclara los conceptos de precisión y exactitud, así como los errores y su sentido. Contiene reglas prácticas sobre la propia ordenación de los cálculos y su presentación final. Con ejemplos hace ver las consecuencias de errores de conceptos y errores de manipulación en los casos más corrientes. Dedicó amplio espacio a la relación del calculista con la Inspección Oficial alemana, lo que no es inútil en España, pues estas relaciones han tenido y tienen un valor normativo cuya utilidad no queda encerrada por las fronteras.